

EL SOMBRERO

EL DUQUE DE RIVAS

Freeeditorial 

Romance Primero

La tarde

Entre Estepona y Marbella
una torre fulminada,
hoy nido de aves marinas
y en otro tiempo atalaya,
corona con sus escombros 5
una roca solitaria,
que se entapiza de espumas
cuando las olas la bañan.
A la derecha se extiende
una humilde y lisa playa, 10
cuyas menudas arenas
humedece la resaca;
y oculta entre dos ribazos
forma una escondida cala,
abrigo de pescadoras 15
o contrabandistas barcas.
A este temeroso sitio,
mientras lento declinaba
a ponerse un sol de otoño
entre celajes de nácar; 20
estando el viento adormido,
la mar blanquecina en calma,
y sin turbar el silencio

de las voladoras auras,
sino el grito de un milano 25
que los espacios cruzaba,
y los de dos gaviotas,
cuyo tálamo era el agua;
la divina Rosalía,
la hermosa de la comarca, 30
fugitiva y anhelante
llegó, sudosa y turbada.

* * *

Su gentil cabeza y hombros
cubre un pañolón de grana,
dejando ver negras trenzas, 35
que un peine de concha enlaza;
y de seda una toquilla,
azul, rosa, verde y blanca,
que las formas virginales
del seno dibuja y guarda. 40
Su gallardo cuerpo adorna
de muselina enramada
un vestido; con la diestra
recoge la undosa falda,
y el pie primoroso y breve, 45
que apenas su huella estampa
en la movediza arena,
más limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
un envoltorio de nada, 50
cubierto con un pañuelo,
do el jalde y rojo resaltan.
¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino, 55
lleno de vida y de gracia,
desencajado se muestra!
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
un grande esfuerzo su alma. 60
Sí, los ojos brilladores,
los ojos que tienen fama
en toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,
en el peñón, que lejano 65
apenas se dibujaba
entre la neblina (seña
de mudarse el tiempo), clava.
Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas 70
quemán; un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.
Queda suspensa un momento;
luego, de pronto, la cara

vuelve a Estepona, temblando; 75

juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!

mas ¿qué importa? Otra, más alta,

más fuerte, más poderosa,

desde Gibraltar la arrastra. 80

* * *

En el peñasco asentóse,

de la hundida torre basa;

miró en torno, y de su seno

sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin ti la vida 85

me es insoportable carga;

resuélvete, y no abandones

a quien ciego te idolatra.

»Contigo nada me asusta,

sin ti todo me acobarda; 90

mi destino está en tus manos;

ten resolución, y basta.

»Resolución, Rosalía;

cúmpleme, pues, tus palabras;

no tendrás que arrepentirte, 95

te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,

volveré sin más tardanza

al sitio aquel que tú sabes,

en una segura lancha. 100

»Espérame, vida mía;

si no te encuentro, si faltas,

ten como cierta mi muerte.

Corro al momento a la plaza

»de Estepona, allí pregono 105

mi proscrito nombre, y paga

de mi amor será un cadalso

delante de tus ventanas.»

Se estremeció Rosalía,

no leyó más, y borraban 110

sus lágrimas abundantes

las letras de aquella carta.

Llévala a los labios fríos,

la estrecha al seno con ansia

mira al cielo, «Estoy resuelta», 115

dice, y se consterna y calla.

* * *

Torna al peñón (que parece

una colosal fantasma

con un turbante de nubes,

de nieblas con una faja) 120

la vista otra vez. La extiende

por la mar, que, muerta y llana,

fundido oro se diría

del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto 125
que se mueve a gran distancia;
ya se muestra, ya se esconde.
¿Será?... ¡Oh Dios!... ¿Será?... La escasa
luz del crepúsculo todo
lo confunde, borra y tapa. 130
Con los ojos Rosalía
los resplandores, que aún marcan
la línea del horizonte,
sigue. Una nube la espanta,
que por el Sur aparece, 135
oscura y encapotada;
y aún más el ver acercarse
por allí dos velas blancas,
cuyas puntas ilumina
del sol ya puesto la llama. 140

Romance Segundo

La noche

Entró la noche; con ella
despertándose fue el viento,
y el mar empezó a moverse
con un mugidor estruendo.
Las nubes entapizando 145

el oscuro y alto cielo,
la débil luz ocultaban
de estrellas y de luceros.
No había luna; densas sombras
en corto rato envolvieron 150
tierra y mar. De Rosalía
ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
intenta... No, no hay remedio.
Cierra los ojos, e inclina 155
la cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
corto abrigo es el pañuelo;
tiembla de terror su alma
tiembla de frío su cuerpo. 160
Si cualquier rumor la asusta,
más sus mismos pensamientos,
pues ni uno solo le ocurre
de esperanza o de consuelo.
Las velas que ha divisado 165
cuando el sol ya estaba puesto
la atormentan, la confunden.
¡Las ha conocido, cielos!
Son, sí, las del guardacosta,
jabeque armado y velero, 170
terror de los emigrados,

de contrabandistas miedo.

* * *

¡Infelice Rosalía!...

A las ánimas de lejos

tocar las campanas oye 175

de la torre de su pueblo.

¡Oh, cuánto la sobresaltan

aquellos amigos ecos!

Parécele que son voces

que la nombran. Gran silencio 180

reinó después largo espacio.

Las olas, que van creciendo,

llegan a besar la peña,

de Rosalía los tiernos

pies mojan..., y no lo advierte; 185

clavada está. Los destellos

de la espuma que se rompe,

secas algas revolviendo,

la deslumbran. De continuo

la reventazón inciertos, 190

fugitivos grupos blancos

le ofrecen del mar en medio,

cual pálidas llamaradas.

Ella piensa que los remos

y la proa de un esquife 195

las causan... ¡Vanos deseos!

* * *

Así pasó largas horas,
cuando un lampo ve de fuego
en alta mar, y en seguida
oye al cabo de un momento 200
¡poumb!... y retumbar en torno
como un pavoroso trueno,
que se repite y se pierde
de aquella costa en los huecos.
Ve pronto hacia el lado mismo 205
otros dos o tres pequeños
fogonazos; mas no llega
el sordo estampido de ellos.
Otra roja llamarada
«¡Poumb!», otra vez... ¡Dios! ¿Qué es esto? 210
Repitiéndose perdióse
este son como el primero.
No hubo más; creció furioso
el temporal, y más recio
sopló el sudoeste; las olas 215
de Rosalía el asiento
embisten, de agua salobre
la bañan; estar más tiempo
no puede allí, busca abrigo
de la torre entre los restos. 220
La lluvia cae a torrentes,

parece que tiembla el suelo;
dijérase ser llegada
ya la fin del Universo.

Romance Tercero

La mañana

Raya en el remoto oriente 225
una luz parda y siniestra;
a mostrarse en vagas formas
ya los objetos empiezan.
Espectáculo espantoso
ofrece Naturaleza, 230
las olas, como montañas,
movibles y verdinegras
se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren, 235
ya en las nubes se revientan.
Rómpense en las altas rocas,
alzando salobre niebla,
y la playa arriba suben,
y luego a su centro ruedan 240
con un asordante estruendo;
silba el huracán, espesa

lluvia el horizonte borra,
y lo confunde y lo mezcla.

* * *

La infelice Rosalía, 245

toda empapada, cubierta
con el pañolón mojado,
que o bien la ciñe y aprieta,

o, agitado por el viento,
le azota el rostro y flamea, 250

volando ya desparcidas
fuera de él las negras trenzas;

falta de aliento, de vida,
el alma rota y deshecha,
asida de los sillares, 255

se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,
Sílfide, a quien maga artera

cortó las ligeras alas,
la juzgaran si la vieran. 260

Tiende espantados los ojos
por el caos; nada encuentra
que socorro o que consuelo
en tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola, 265

que tronadora se acerca,
entre las blancas espumas

envuelve una cosa negra;
de ella no aparta los ojos,
ve que en la playa se estrella, 270
que al huir deja un sombrero
rodando sobre la arena
y una tabla. Rosalía
salta de las ruinas fuera
corre allá, mientras las olas 275
se retiran. No la aterra
otra mayor, que se avanza
más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
los restos de sangre fresca... 280
Coge el sombrero... ¡Infelice!
Lo reconoce... las fuerzas
le faltan, cae, y al momento
precipítase sobre ella
una salobre montaña 285
que la playa arriba entra,
y rápida retrocede,
no dejando nada en ella.
* * *
Cual si dar tan sólo objeto
de la borrasca tremenda, 290
lecho nupcial en los mares
a dos infelices, fuera,

a templar su furia ronca
los huracanes empiezan,
bajan las olas, la lluvia 295
se disminuye, y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo,
y por pedazos se muestra
el azul, que ardientes rayos
de claro sol atraviesan. 300

Ya se aclara el horizonte;
por el lado de la tierra,
fórmanlo azules colinas,
que aún en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura, 305
movible, la forma y cierra
del lado del mar, y asoma
la claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
aunque es la resaca recia, 310
orna al mundo la esperanza
de prolongar su existencia.

* * *

En esto una triste madre
y un tierno hermanillo llegan,
buscando a su Rosalía, 315
a aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,

muertos de cansancio y pena,
tienden en redor los ojos,
y nada, ¡oh martirio!, encuentran. 320

Al retroceder las aguas,
unas femeniles huellas
de pie breve reconocen
estampadas en la arena...

«¡Rosalía!... ¡Rosalía!», 325
gritan, y no oyen respuesta.

Van a la arruinada torre,
y hállanse sobre una piedra
un envoltorio deshecho
entre fango, espuma y tierra, 330
y un pañuelo rojo y jalde,
que le sirve de cubierta.